

**CAPITÁN ENFERMERA AMANDA GARCÍA OLIVA,
PREMIO SOLDADO IDOIA RODRÍGUEZ, MUJER EN LAS FUERZAS ARMADAS**

«LA VIDA MILITAR ES MUY ATRACTIVA PARA LAS MUJERES»

Destaca la utilidad de la enfermería militar en apoyo a la sociedad y afirma que en la evacuación de Afganistán, en la que intervino, se rescató a personas que «ahora tienen una nueva oportunidad»

SINTIÓ primero «muchísima sorpresa», y después «orgullo y responsabilidad», al enterarse de que el Ministerio de Defensa le había concedido el IX Premio *Soldado Idoia Rodríguez, Mujer en las Fuerzas Armadas*. «No esperaba que se reconociera tan pronto mi labor profesional, cuando todavía me encuentro en un momento intermedio de mi carrera», explica la capitán enfermera Amanda García Oliva, a quien esta distinción le hace estar «en el punto de mira» y le impulsa a seguir mejorando en su trabajo.

Madriileña, de 40 años, García Oliva ha prestado servicios en la UME y en unidades de los Ejércitos de Tierra y del Aire, y ha intervenido en seis misiones internacionales, entre ellas la operación al límite del pasado mes de agosto en Kabul, para evacuar a familias afganas que huían del régimen talibán. El 13 de enero se incorporó a su nuevo destino, el Grupo Logístico de las Fuerzas Aeromóviles del Ejército de Tierra (FAMET), donde, entre otras actividades, colabora en la vacunación de militares y población civil contra el coronavirus. «Me gusta ir cambiando y sacar todo el jugo a lo que me ofrecen las Fuerzas Armadas», afirma.

—El jurado ha destacado que representa «la unión perfecta entre la sanidad y la milicia».

—Me agrada que se resalte esta unión, porque es lo que siempre he querido: que estén tan unidas que todos puedan percibir la sanidad como parte de las Fuerzas Armadas, al igual que cualquier otra especialidad.

—El Premio se creó para potenciar el papel de la mujer en las Fuerzas Armadas.

—Viene muy bien para recordar la labor que realizamos. Las mujeres accedimos a la profesión militar después que los hombres y a veces, aún a estas alturas, tenemos que intentar hacernos nuestro lugar.

—En el coloquio «Mujeres militares, retos superados», celebrado en noviembre en el Ministerio, mantuvo, como las demás participantes, que en las Fuerzas Armadas la integración está completamente normalizada.

—Eso es lo que pensamos, y no lo habíamos hablado antes entre nosotras. Todas dijimos que desde el principio nos hemos sentido integradas. Hoy en día, las mujeres pueden optar

a las Fuerzas Armadas igual que los hombres, no es cuestión de género. Es cierto que el porcentaje de presencia femenina crece lentamente, pero quizás se deba a que no haya calado todavía en ellas que la vida militar puede ser muy atractiva para su perfil profesional o para sus aficiones. La representación es aún claramente minoritaria, y al ser una minoría hay aspectos que no están plenamente desarrollados.

—En su caso, ¿le atrajo desde que era joven?

—En el instituto lo tenía clarísimo. Supongo que eso es lo que llaman vocación. Lo que pasa es que quería estudiar una carrera, y sabía que algunas carreras tenían acceso al ejército. Vi cuáles eran y entre ellas preferí la de enfermería. No me arrepiento de haber tomado esa decisión, porque pertenecer a los Cuerpos Comunes permite tener una perspectiva global de las Fuerzas Armadas. Los Cuerpos Comunes me dan la posibilidad de embarcarme, volar, intervenir en misiones terrestres, que ha sido una de las razones por las que he venido a las FAMET... Ahora que llevo unos años de trayectoria, creo que elegí bien. Aunque tampoco



me hubiera importado pertenecer a las Armas, porque me gusta mucho todo lo militar.

—¿Cómo ha armonizado la vida personal con la profesional?

—Por las particularidades de nuestro trabajo, la profesión militar es más difícil de conciliar que otras. Se realizan guardias, servicios, ejercicios, operaciones en el exterior... Esto hace que, en ocasiones, termine interfiriendo en nuestras vidas, a pesar de las mejoras introducidas en los últimos años, entre ellas la ampliación del permiso de paternidad, y de posibilidades como la agrupación familiar. No tengo hijos y no he vivido en primera persona las dificultades que puede su-

«Los Cuerpos Comunes permiten tener una perspectiva global de las Fuerzas Armadas»

poner incorporar este hecho a mi vida profesional; de otra manera me hubiera resultado más complicado llevar a cabo los cambios de unidades, los cursos y las misiones internacionales.

—¿Qué recuerdos tiene de *Neo Kabul*, la operación de evacuación de Afganistán?

—Fue de hoy para mañana. Recibí una llamada el 16 de agosto, cuando estaba destinada en el 803 Escuadrón de búsqueda y salvamento, del Ala 48. Se necesitaban médicos y enfermeros para formar células que acompañaran a los afganos, de Kabul a Dubái y de Dubái a Madrid. Me preguntaron si quería ir como voluntaria y no me lo pensé. Al día siguiente salí desde Zaragoza, en dirección a Dubái, y cuando llegué allí la otra célula de médico y enfermero ya había entrado en Kabul, y había vuelto con refugiados. Con ellos viajé de Dubái a Madrid. Durante diez días seguidos, que a todos nos parecieron como mínimo un mes por su intensidad, volé junto a mis compañeros cada noche, para transportar en cada trayecto al mayor número posible de refugiados. Fueron muchas horas de volar y de estar despiertos esperando que nos dijeran si salíamos o no. Una experiencia personal y profesional muy grande, de las mejores que he tenido.

—¿Cómo se desarrolló la relación con los ciudadanos afganos?

—Muy cercana, porque deseaban contarnos su vida y las circunstancias que les habían llevado hasta allí. El primer vuelo fue muy distinto de los siguientes porque en él la gente iba sin nada, ni siquiera llevaban una mochila. Veía que esa situación era muy dura para ellos. Yo pensaba en mi familia y me parecía imposible que, si alguna vez nos ocurría algo parecido, tuviéramos la templanza que tenían ellos al montarse en el avión con sus hijos.

—¿Qué fue lo que más le llamó la atención?

—La entereza de los niños, que quizás nunca habían visto un avión de cerca y se habían subido a él, sentados en el suelo en algunos casos para que cupiera el mayor número de personas. No se derrumbaron en ningún momento e iban con esperanza.

—¿Le impresionó especialmente alguna historia personal?

—La de una mujer que viajaba con dos de sus tres hijos, ya que el menor había muerto en los tumultos que se produjeron en la entrada del aeropuerto de Kabul. Me pregunto cuál sería el grado de estrés de esta madre para dejar a un lado esa tragedia y seguir adelante, tratando de salir de su país.

—¿Tiene algún pesar por las personas que se quedaron en tierra?

—Todos tenemos ese sentimiento. Para poder amortiguarlo pienso que hemos podido rescatar a personas que ahora disfrutaban de una oportunidad. Me acuerdo, sobre todo, de las mujeres, cuyo destino en Afganistán era totalmente diferente del que van a tener en España, o en cualquiera de los otros países de acogida: una nueva vida, la posibilidad de seguir estudiando y de tener un trabajo... No podemos venirnos abajo con ese sentimiento de no haber podido hacer más. No hemos hecho más, pero sí todo lo que nos ha dado tiempo a hacer.

—¿Hubiera deseado otro final para los veinte años de misión?

—Por supuesto. Estuve en Afganistán con el Ejército de Tierra, entre octubre de 2011 y enero de 2012, como miembro de una célula de estabilización, y en la operación *Neo Kabul* veía de ellos una cara diferente, porque los estábamos trayendo a España en unas circunstancias de urgencia. No era lo que esperábamos cuando estábamos cumpliendo la misión... A todos nos hubiera gustado que hubiera salido adelante la idea de cambio político y social, pero creo que se necesitaban muchísimos más años para que eso ocurriera. Espero que en el futuro mejore la situación de la población.

—Ha participado en otras misiones internacionales. ¿Cómo ha sido su experiencia?

—He formado parte de dos contingentes del Ejército de Tierra en Líbano, y con el Ejército del Aire he intervenido en las operaciones *Sophía*, en Sicilia, y *Atalanta*, en Yibuti. Tengo ya puesto el punto de mira en otra: al llegar a las FAMET presenté una solicitud para desplazarme este verano a Irak. En las misiones en el exterior es donde más realizada me siento. Me gusta hacer mi labor de enfermera en



lugares en muchas ocasiones remotos, y ayudar a compañeros que están lejos de sus familias, prestándoles apoyo sanitario e incluso personal.

—Tiene formación en medicina de montaña, enfermería en vuelo y en ambiente hiperbárico, soporte vital avanzado en combate, supervivencia en desastres y emergencias... Son áreas muy dinámicas.

—Lo soy en mi vida. Soy una apasionada de la montaña y el deporte, y qué mejor lugar que las Fuerzas Armadas para seguir practicando ambas ac-

tividades. Me gusta bucear, por lo que en cuanto pude hice la especialidad de enfermería en ambiente hiperbárico; el vuelo, e hice esa especialidad; la montaña, y por eso en la UME obtuve el diploma internacional y formé parte del equipo de montaña como enfermera... Elijo todo lo que pueda enriquecerme.

—¿La enfermería en vuelo es más difícil que en tierra?

—Sí, quizás se deba al ambiente hostil en el que se desenvuelve. En tierra se puede parar una ambulancia para atender mejor al paciente, lo que no ocurre en vuelo, con las diferencias añadidas de altitud, que se notan también a nivel fisiológico. Además, se actúa en circunstancias de falta de espacio, que afecta incluso al volumen del material que se lleva para trabajar. El paciente tiene muchas posibilidades de empeorar por el vuelo, pero personalmente me atrae esta especialidad. De hecho, he elegido las FAMET porque aquí puedo unir el aire con la tierra, que son dos ejércitos en los que me siento muy a gusto.

—¿Cuál es su trabajo en las FAMET?

—Participo en todas las labores propias de sanidad: seguimiento de la salud de los componentes de la unidad, reconocimientos médicos previos al despliegue en zonas de operaciones, acompañamiento en ejercicios y prácticas de tiro fuera de la base... También estamos vacunando contra el coronavirus, tanto en la unidad como en localidades de Castilla-La Mancha a las que nos desplazamos periódicamente, poniéndonos a disposición del personal civil sanitario. Este contacto con los ciudadanos me parece muy importante. Por desgracia ha ocurrido esta pandemia, pero se debe aprovechar para que surjan ideas a través de las cuales la enfermería militar pueda apoyar a la sociedad en otras circunstancias.

Santiago Fernández del Vado
Fotos: Pepe Díaz